

Pero, aun tratándose de la verdad y de la salud de las almas, tiene un límite, del cual se ha dicho: «Hasta aquí, y no más allá».

Este es el motivo por el cual no hay que esperar de su parte una condescendencia mayor en la cuestión presente. En la extrema necesidad, fácilmente renuncia uno á ciertas pretensiones; pero jamás á la salvación de otro, ni al derecho colocado bajo su custodia. Ahora bien, los que combaten el matrimonio con estas armas, rechazan también su carácter religioso. Los que quieren arrancar la escuela de manos de la Iglesia, son más sinceros, pues dicen que el fin de sus esfuerzos consiste en demoler la base cristiana de la instrucción, y, con mayor razón aún, de la educación, lo cual es muy natural.

Sí, así es como, conscientemente ó no, todos los campeones del matrimonio civil, y todos los que luchan por la separación de la Iglesia y del Estado, no se proponen otro objeto que despojar la familia, la educación y todo orden natural de su base y de su fin cristianos, en una palabra, de descristianizar el mundo. Aquí, como en todas partes, la verdadera causa de todas estas luchas es, pues, el antiguo error, siempre el mismo, que tantas veces hemos encontrado, el error de que no puede haber en la tierra dos órdenes, uno natural y otro sobrenatural, de los cuales el primero debe en todas partes tenerse en cuenta, sino que, en adelante, sólo existe el orden natural, con exclusión de todo lo que es sobrenatural.

Si el Estado cree servir á su causa aceptando este error fundamental, que tiende inevitablemente á la supresión de todas las miras cristianas, no nos resta más que lamentar semejante ilusión, y no impedirla. Pero si, con su ejecución violenta en la vida pública, pone á millares de personas en el más penoso trance, y en la necesidad de colocar bajo su protección lo que tienen de más caro, lo que no darían al precio de su vida, su conciencia, su fe, su confiada adhesión, semejante conducta no puede reportarle honor ni ventaja.

Ningún defensor de las más exageradas reivindicaciones del Estado pondrá en duda que súbditos, dañados así en sus derechos, súbditos que, á pesar del peligro en que se encuentran con relación á su fin último, y no obstante la fría burla, el menosprecio deshonroso con que se responde á cada reclamación contra la esclavitud de su conciencia, conservan, sin embargo, fidelidad al Estado, así como también que estos súbditos no pertenecen á sus miembros menos nobles. ¿No merecen otra recompensa que la de ver cómo el Estado turba la paz de su corazón, somete su conciencia á una violencia continua, y los aflige en lo más profundo de su alma? ¿Que los jefes de Estado muestren, pues, piedad para sus más fieles súbditos, y alcancen á ver con seriedad dónde hay que buscar sus verdaderos amigos, sus fieles consejeros, y sus ventajas más durables!

**10. El cielo en la tierra.**—Pero esto debe ser así y tiene también su lado bueno. El reino de Dios se desarrolla en la tierra como un lirio entre espinas, como el rosal que produce sus hermosas flores en un tronco espinoso. Si la maravillosa y delicada flor de la virginidad, á la que el mismo Salvador llama su mejor parte, no prospera más que al precio de duros combates, <sup>(1)</sup> injusto sería que se pudiesen coger sin pena los magníficos frutos del matrimonio. El que quiere gozar de los frutos, no debe temer al trabajo. El que ha experimentado la bendición del matrimonio, el que quiere probar en sí su fuerza santificante, debe saber que lo santo se adquiere, en primer lugar, con la espada, <sup>(2)</sup> y no prospera en lo más íntimo del corazón, sino á fuerza de tempestades y trabajos continuos.

El matrimonio es un estado santo, pero también un estado de sacrificio, de renuncia personal, de purificación continua y de serio ennoblecimiento. Para realizar sus difíciles fines, Dios ha derramado sobre él su gracia en la más abundante medida. Con él el cielo se inclina literalmente hacia la tierra, y eleva á ésta hasta su altura. Sí,

(1) Sap., IV, 2.

(2) Matth., X, 34.

verdad es, el matrimonio es el cielo en la tierra, no el cielo del placer, sino el cielo de la gracia, que presta fuerzas para soportar todos los sacrificios, y hace capaz de todo los triunfos personales. El que recibe su gracia y sabe utilizarla fielmente en el fin para el cual se le ha dado, éste vive aún sobre la tierra y experimenta cada día en sí lo que es esta vida; pero, en medio de todas estas cargas, se siente atraído hacia el cielo y sostenido, como lo es por el imán el hierro, y goza ya de la recompensa prometida á las luchas para conseguir su fin más elevado, esa paz del corazón, que es, en efecto, el cielo en la tierra. Si fué preciso que Jesucristo sufriese para entrar en su gloria, <sup>(1)</sup> tengan por dicho, todos los que abrazan el estado del matrimonio, que el reino de Dios, para cuya difusión echan sobre sus hombros esta sagrada carga, sólo produce su dulce fruto de paz en los que se hacen dignos de Él con paciencia, disciplina y justicia. <sup>(2)</sup>

(1) Luc., XXIV, 26.

(2) Hebr., XII, 11.

## CONFERENCIA XX

### EL MATRIMONIO COMO SEMILLA DIVINA

1. **Filosofía y estética del matrimonio.**—Pocos hombres tienen tan frecuentemente ocasión de oír lamentaciones sobre el contraste entre lo ideal y lo real, y de apreciar esta diferencia en toda su extensión, como el patrono de almas, encargado de intervenir en cuestiones matrimoniales, ya para dar consejos, ya para apaciguar diferencias, ya para intervenir como árbitro. Si le parece oportuno, antes de que todo esté arreglado, hacer una advertencia para invitar á la reflexión, se le responde que, si dependiese de él, pronto perdería la vida su encanto y su alegría. Pero, pocos días después de dado el paso decisivo, van á encontrarle estas mismas personas, y se lamentan de haberse terriblemente ilusionado, creyendo en la dicha y en la humanidad. Si intenta moderar las primeras impresiones de un corazón todavía no familiarizado con la realidad, dícese que le es fácil hablar, pero que no conoce la distancia que separa la apariencia de la realidad.

Sin embargo, la conoce por experiencia, á menudo repetida, sobre sí mismo ó sobre los demás. Por esto hablaba antes con tanta seriedad. Su intención no era destruir el ideal, sino sólo armonizar la perspectiva con los hechos. Y con esta intención obra siempre que se trata de dar un paso en la vida. San Agustín dió ya el consejo de hacer esperar un poco al que quiere consagrarse al servicio de Dios, y de decirle en conciencia que debe dar este paso, no con intenciones judías, es decir, por causa de ventajas